

La pasión de CRISTO

SILVIA FONG ROBLES

A la Megacorriente Criticona:
René, David, Iris y Felipe

No es nada peculiar que la alta jerarquía católica haya visto con buenos ojos *La Pasión de Cristo*, reivindicación filmica de Mel Gibson, tal vez prisionero de una culpa que no había alcanzado a purgar. Hasta Jorge Serrano Limón, ese saltimbanqui de la moral a lo sumo ignaro que funge como director de “Cultura por la Vida”, tuvo a bien “aprobar” la cinta (estábamos desesperados por saber si contábamos con su consentimiento para poder verla).

El Cardenal Norberto Rivera Carrera, siempre presto a compartirnos sus opiniones aunque nadie se las pida, se expresó así de la película:

“Una auténtica experiencia espiritual. A mí como creyente y seguidor de Nuestro Señor Jesucristo, la película me ha ayudado a meditar y a apreciar de forma muy gráfica y visual el infinito amor de Dios y su único Hijo hecho hombre por el género humano”.

El asunto es que *La Pasión de Cristo* es a la Iglesia actual, lo que el arte barroco sirvió a los propósitos de la Contrarreforma. Preocupados por el éxodo de feligreses hacia las huestes de la Lutero, el barroco surge como mecanismo emergente de propaganda para la

Iglesia Católica, cuyos dogmas corrían grave peligro. De ahí que la iconografía religiosa constituía la representación ad náuseam tanto de las escenas del martirologio de los santos como las de Jesucristo lastimero y doliente. Por supuesto, el efecto de dicha iconografía apelaba al chantaje (“mira todo lo que Nuestro Señor sufrió para salvarte”), y la culpa (“eres pecador y por ti Jesús se sometió a tanto sufrimiento”), ambos pilares de nuestra cultura. Roman Gubern describe a la perfección, en el capítulo dedicado a “La Imagen Religiosa” en *La Imagen Pornográfica y otras Perversiones Ópticas*, esa utilidad de la imagen para reforzar creencias, muy bien entendidas por la Iglesia y de la que abusó en el barroco hasta la saciedad, además de que se convirtió en tradición —¿o acaso hay quién piense que esas figuras presentes en las miles y miles de parroquias de México, como las del Señor de las Maravillas, el Señor del Perdón, el Santo Entierro y demás, se hicieron sólo porque los autores gustaban de la sangre a chorros, sin que hubiera un propósito adicional?.

De igual manera, no se necesita ser muy listo para darse cuenta que la intención primordial de Gibson era precisamente recurrir a la “valoración” de la figura de Cristo a través de mostrar, con saña monumental, el tormento del que fue víctima desde que es aprehendido en el Huerto de Getsemaní, hasta que su piadoso Padre Celestial se compadece y se lo lleva al Paraíso. Por

supuesto, la Iglesia Católica forzosamente tenía que avallar la película, no sólo por sus efectos de coerción culpigena hacia los creyentes, sino porque surge en momentos en los que los recursos para mantener el dogma vivo se están agotando. Finalmente, como apunta John Berger en *Ways of Seeing*, “el arte de cualquier época tiende a servir a los intereses ideológicos de la clase dominante”.

La Pasión de Cristo es la apología del dolor redentor. Después de los primeros quince minutos de filme, somos testigos de un brutal festín de sangre infringido por la soldadesca romana hacia un Jesucristo inerme que no se defiende, que no ha dormido y al que nadie le ha dado agua (sólo si la Iglesia acepta que una de las tantas cosas que Cristo aprendió antes de iniciar su vida pública fue meditación en Oriente, puede creerse que alguien resista tortura semejante). La santa golpiza perpetrada con instrumentos que ya los hubieran querido los empleados de Pinochet, se entremezcla con algunos respiros en forma de flashbacks, relativos a algunos episodios de la vida de Cristo, pero regresa a la acción con mayor ferocidad. El núcleo de la cinta se circunscribe en el encumbramiento del suplicio, en la sublimación del sufrimiento y la exaltación de la inmolación, que no deja espacio a concesión alguna. En este sentido, la cinta de Mel Gibson cumple cabalmente su misión propagandística, balconeada cínicamente ante cualquier ojo más o menos avizor.

La Pasión de Cristo es la recreación fiel del Catecismo tradicional. La ausencia de datos históricos comprobables y la enseñanza convencional de la doctrina católica para aquellos que fuimos educados por monjas y sacerdotes, se ven gratamente recompensadas con la ratificación de estereotipos: la mansedumbre de Cristo (interpretado por Jim Caviezel) que se entrega como cordero al matadero, tan sumisote como nos lo inculcaron. El director, como los curas, sólo reconoce la Humanidad de Jesús en lo relativo al miedo y a su capa-

cidad de sufrimiento y no más. Solemne y etéreo, está muy lejano del verdadero Hombre de carne y hueso, como el atribulado Cristo que se debate entre su misión divina y lo terrenal, lo mundano y las tentaciones que sobrelleva Willem Defoe en la obra maestra de Martin Scorsese, *La Última Tentación de Cristo* (1988), basada en la novela de Nikos Kazantzakis.

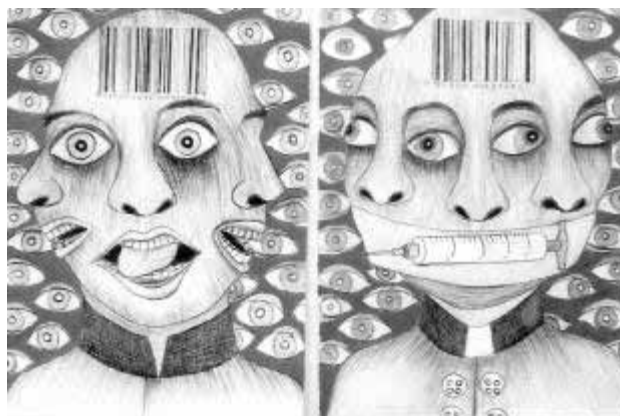
Sin embargo, al Cristo de Gibson le sobra el ánimo doliente, se muestra desfigurado, desollado vivo y bañado en sangre. Por lo tanto, pierde por completo la galanura con la que sí cuentan los Cristos tradicionales en el cine, como Robert Powell, el Jesús caucásico bien rasurado en *Jesús de Nazareth* (Zeffirelli, 1977); como Jeffrey Hunter, el Cristo muy rocanrolero que no se despeina en *Rey de Reyes* (Ray, 1961); o como Max Von Sydow, el Cristo que nunca se ensuciaba la túnica blanca en *La Historia más Grande Jamás Contada* (Stevens, 1965)*.

Los demás personajes también cumplen con la ortodoxia: Poncio Pilatos (Hristo Shopov), el procurador romano “buena gente” pero tibio, que en su famosa lavada de manos expresa una vez más la creencia dogmática, fomentada por siglos, de que los romanos sólo fueron instrumentos de un montón de fariseos iracundos encabezados por Caifás, cuando se sabe por otros medios del carácter sanguinario de Pilatos tal como su trabajo lo requería, sobre todo si tomamos en cuenta que había sido designado, como otros, para aplastar rebeliones y controlar zonas muy alejadas de Roma; María (Maia Morgensten), la afligida madre de Jesús, quien acompaña con dolor callado el suplicio de su hijo seguida de María Magdalena (Mónica Belluci), la famosa prostituta redimida, cubierta con velo negro a la usanza del Catecismo; Herodes Antipas (Lucas de Domenicis), rey hebreo indiferente ante la suerte de Cristo, que más nos hace evocar a Peter Ustinov representando a Nerón en *Quo Vadis?* (LeRoy, 1951); Judas Iscariote (Luca Lionello), el traidor más famoso de la Historia, que se

suicida por su remordimiento, pero que aquí es atormentado por pequeños demonios.

Igualmente, reconocemos a otros personajes cuya existencia real sigue en duda pero siempre presentes en la imaginería católica tradicional, como Simón de Cirene, la "Verónica", y Dimas y Gestas, el "buen" y el "mal" ladrón. Además, Gibson se avienta una buena puntada y nos presenta (porque no teníamos el gusto) a Claudia, la esposa de Pilatos, una generosa mujer que aboga por Jesús, sobre todo después de ver la carnicería que del reo hacen los oficiales romanos, probablemente predecesores de los muy católicos verdugos de la Edad Media y de la Santa Inquisición. La tal Claudia acude con María a llevarle unas toallitas para que limpie el suelo del patio de tortura, bastante sucio después de la masacre.

Asimismo, el personaje que aporta una visión interesante en el relato es Satanás (Rosalinda Calentano), cuya única aparición en los Evangelios se narra en el autoexilio de Jesús en el desierto. Aquí, Satán trata de desanimarlo en el Huerto de los Olivos, con frases escuetas pero elocuentes, y luego se dedica, paralelamente con María, a acompañar de lejos a Cristo en su martirio. Satanás es el tentador, el caído que no se aparta de su naturaleza netamente terrena, lógica y acechante. En la cinta, si bien no es el Diablo fastidioso de Scorsese, sí representa el ser que prueba, tiene redes y vigila silenciosamente la acción.



Rubén Maya

La Pasión de Cristo es la búsqueda de la corrección estética. La fotografía de Cabel Deschanel, de quien habíamos visto su oficio preciosista en *Anna y el Rey* (Tennant, 1999) y en *El Patriota* (Emmerich, 2000), realiza en *La Pasión* un bello trabajo en donde los sepías, amarillos y rojos crean un fondo de gran limpieza y alta luminosidad para que la acción sea mostrada en todo su realismo. Sin embargo, el mayor regalo de Deschanel es la materialización del alma de Cristo que sube en perfecta verticalidad y cae en forma de la primera gota de la tormenta desatada sobre el Gólgota.

La Pasión de Cristo de Mel Gibson es un filme técnicamente correcto y cinematográficamente admirable, aunque ideológicamente aborrecible. Lo que el cineasta ofrece es una idea visceral de lo que significó la Pasión; es un filme frívolo en lo que debiera importarle a Norberto y a la Iglesia en cuanto al mensaje para su grey, es decir, en la esencia de las enseñanzas de Jesucristo. Sin embargo Norbis, Wojtyla y demás siguen creyendo, al igual que Gibson, que "la letra con sangre entra" y continúan apelando a los sentimientos de culpa de los fieles; finalmente, cuesta más trabajo adoctrinar por medio de la razón y fomentar la convicción basada en la empatía con los preceptos de Cristo que avasallar al creyente mostrando a Jesús torturado por los pecados de todos nosotros.

Y luego por qué se vuelve uno hereje...

silviafr@avantel.net

* Por supuesto, ya ni hablar de los Cristos en el cine mexicano, quienes de tan acartonados resultaban ridículos; por antonomasia, Enrique Rambal en *El Mártir del Calvario* (Morayta, 1952): cabellos rubios peinados con tenazas que no se movían de lugar; ropas bien planchadas y sandalias sin mugre; retórica monótona que, si Jesús hubiera tenido ese sonsonete, hubiera sido prácticamente imposible que alguien se hubiera quedado a escucharlo sin dormirse; y, además, los cineastas de la época pensaban que Judea estaba en Castilla, porque tenían acento español -"en verdad os digo...". Entre otros Cristos sui géneris y por demás hilarantes en el cine nacional se encuentran José Cibrián (Jesús de Nazareth, Morales, 1942), Claudio Brook (Jesús, Nuestro Señor, Zacarías, 1969), Luis Alcoriza (María Magdalena, Contreras Torres, 1946) Enrique Rocha (El Proceso de Cristo, Julio Bracho, 1965).